

Zapopan: ¿una identidad guadalajarizada?

Mario Aldana Rendón
El Colegio de Jalisco

El desarrollo económico regional en México ha favorecido el surgimiento de centros urbanos de poder político y económico de importancia creciente, que no sólo se convierten en receptores de mano de obra rural, sino también en una mancha urbana que al crecer se traga, literalmente, a los poblados vecinos, cambiando radicalmente los usos históricos de sus recursos, la organización colectiva y las identidades tradicionales de esas pequeñas comunidades. Ejemplos tempranos de esta situación se presentaron en la ciudad de México con la absorción de los antiguos barrios indígenas de Tlatelolco, Coyoacán, Tlalpan, Xochimilco, etc. En años recientes, uno de los casos más emblemáticos ha sido la invasión de Guadalajara sobre las poblaciones y municipios vecinos de Zapopan, Tlaquepaque, Tonalá y Tlajomulco.

En estos casos, ¿qué pasa con la identidad de las poblaciones absorbidas por la urbanización, la modernidad económica y el poder que sobre ellos ejerce la gran urbe? Analizaremos a continuación el caso del municipio de Zapopan y su historia reciente.

Zapopan es una población de Jalisco ubicada en el valle de Atemajac cuyo asentamiento humano es anterior a la llegada de los españoles a la región y a la fundación de Guadalajara. No existen vestigios materiales de la fundación indígena, pero las noticias de visitantes y cronistas se refieren a esa localidad como una población de escasos indios dedicados a la

agricultura, que formaba parte de una colectividad dispersa de pequeños asentamientos establecidos por todo el territorio de lo que hoy conocemos como el valle de Atemajac. La fundación española de Zapopan supuestamente se llevó a cabo el 8 de diciembre de 1541, cuando el encomendero de Jalostotitlán, Francisco Bobadilla, decidió instalarse en ese lugar con sus indígenas con el fin de sacar provecho de las grandes extensiones de tierra laborable que el valle ofrecía.

Ese mismo día, fray Antonio de Segovia, primer guardián del convento franciscano de Guadalajara, habría dejado en dicho asentamiento una pequeña estatua de la virgen de la Concepción, posiblemente hecha en Pátzcuaro con cañas de maíz yuxtapuestas y pegadas con engrudo, con la que siempre encabezaba las tareas de evangelización y pacificación en las que participó. Se dice que la imagen de la Virgen habría causado gran impresión entre la población indígena al grado de que muchos de ellos aceptaron someterse a los españoles. La Virgen se ganó entonces mercedamente el título de "Pacificadora."¹

La Virgen en manos de los franciscanos se convirtió en un poderoso instrumento ideológico y cultural que contribuyó a consolidar la evangelización de la región, y su culto, iniciado en un templo paupérrimo, se convirtió en poco tiempo en uno de los símbolos más representativos de la localidad, alrededor del cual se fue edificando la población con sus edificios civiles y las viviendas de sus moradores. En 1655 la imagen fue declarada por la Iglesia oficialmente milagrosa, y se señaló el 18 de diciembre día de la virgen de la Expectación como su nueva advocación.

El destino de Zapopan y demás poblaciones asentadas en el valle de Atemajac empezó a configurarse a partir de 1560, cuando la Audiencia y los poderes eclesiásticos abandonaron Compostela, Nayarit, y se radicaron en Guadalajara. Elevada como sede de los poderes políticos y religiosos de la Nueva Galicia, desde entonces las pequeñas poblaciones

1. José María Muriá. *Historia de Zapopan*. Primera Parte. Zapopan: El Colegio de Jalisco-Ayuntamiento de Zapopan, 2004, p. 26.

vecinas quedaron supeditadas a las necesidades y al destino de la nueva capital del reino.

Después de que las fuerzas liberales y federalistas jaliscienses declararon la erección del Estado Libre y Soberano de Jalisco, como paso previo a la creación de la República Federal, reforzaron su proyecto político adoptando un símbolo religioso hasta entonces indiscutiblemente zapopano: su virgen. El 21 de junio de 1823, la diputación provincial declaró “a Nuestra Señora de Zapopan, Generala y protectora universal del Estado libre de Xalisco”.² Este fue el primer intento de las fuerzas políticas locales por “guadalajarizar” el principal símbolo religioso de la identidad zapopana. Se trataba de cubrir con el manto de la fe a todos los jaliscienses y de apropiarse desde el centro del Estado, de una identidad local que pudiera sensibilizar a la sociedad en favor de la causa federalista y republicana.

Después de 350 años de la fundación española, Zapopan arribó al siglo xx con apenas 2 298 habitantes radicados en la cabecera y un total de 7 mil en todo el territorio municipal. Unas cuantas cuadras comprendían el grueso del asentamiento de la villa, cuyo centro urbano estaba dominado por el templo de la virgen. Al igual que en los tiempos coloniales, las familias ricas vivían en el núcleo central y los pobres —los más de origen indígena— en las orillas de la población. Seguía predominando la vocación agrícola de la mayoría de los zapopanos con los tres agregados industriales de Atemajac, La Experiencia y El Batán. En la cabecera municipal se concentraban los poderes políticos locales, los juzgados de primera instancia y las oficinas del timbre; también las funciones de tres sacerdotes, tres médicos y dos profesores, y los servicios de una farmacia con su médico, nueve comercios y una alfarería.³

En su vasto territorio de casi 900 km² —Guadalajara no llega a 200—, la cabecera municipal y los poderes locales eran insuficientes para atender las necesidades de la mayor parte de la población municipal dispersa ahora en un centenar de localidades,

2. Luis Pérez Verdía. *Historia Particular del Estado de Jalisco*. Guadalajara: Gobierno de Jalisco, 1952, t. II, p. 265.

3. *Anuario del Comercio, de la Industria, de la Magistratura y de la Administración de la República Mexicana*. México, 1910-1911. Madrid: Editorial E. Bailly-Bailly, s.a., p 606.

4. Ana María de la O Castellanos. "Vida y costumbres en la villa de Zapopan, 1910-1940". *Estudios Jaliscienses*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, núm. 14, noviembre de 1993, p. 7.

de las cuales apenas Ixcatán, Tesistán y Atemajac alcanzaban la categoría de delegaciones municipales.

La élite de origen criollo, radicada en la villa, formaba un cerrado círculo económico y político que renovaba sus pactos por medio de alianzas matrimoniales para impedir el arribo de extraños al poder municipal. Las familias principales no ocultaban su desprecio hacia los grupos de ascendencia indígena a los que llamaban "aborígenes",⁴ y los bandos municipales recogían este sentimiento prohibiendo la entrada a la villa a quienes vistieran su calzón blanco de manta.

Mientras en los principales centros urbanos del país los nuevos actores sociales surgidos de la modernidad económica conformaban una clase media intelectual moderna en términos políticos, en Zapopan la estructura social permanecía casi inmóvil y los pudientes heredaban a sus hijos sus riquezas y privilegios, en tanto que los pobres heredaban sus miserias y sus ocupaciones, sin que la educación, sólo al alcance de pocos, cumpliera su función como abanico de oportunidades para los nuevos zapopanos. Por generaciones, hijos y nietos heredaban el oficio de sus mayores; así, peluquerías, carnicerías y otros establecimientos eran conocidos por el apellido familiar de sus propietarios.

La vida cotidiana estaba regida por la religión y por las tradiciones. Los hacendados, en su mayoría, renuentes a la modernidad tecnológica, seguían utilizando las viejas formas de producción basadas en la explotación de la abundante mano de obra local. Los obreros de Atemajac, El Batán y La Experiencia, además de cubrir jornadas de doce horas diarias, eran celosamente vigilados por sus patrones para que asistieran a misa los domingos y se cuidaran de formar sindicatos o cualquier tipo de organización gremial. Toda disidencia en este sentido era castigada con el despido del trabajador, como le sucedió a María Arcelia Díaz Rendón, trabajadora nacida en la hacienda de La Escoba, quien, a finales del Porfiriato, fue despedida

de la fábrica La Experiencia después de haber organizado a un grupo de tejedores que demandaban mejores condiciones salariales y laborales.⁵

La revolución maderista apenas causó algunos sustos entre los hacendados locales, sin que los campesinos, cuya población era mayoría abrumadora en el municipio, siquiera se inquietara.⁶ Sin embargo, la apertura política de Madero hacia los católicos desde su campaña presidencial en 1910, alentó la fundación del Partido Católico Nacional (PCN) en el mes de mayo de 1911, y con la tutela intelectual y política de la Iglesia, esta organización impulsó la creación de una sociedad basada en los principios social-cristianos.

En 1912, el PCN llevó a José López Portillo y Rojas al gobierno del estado y ganó todos los distritos electorales del Congreso local, lo que convirtió a Jalisco en la fuerza política social-cristiana más importante del país. La sociedad jalisciense más proclive a la tradición y al conservadurismo se alzaba como contraparte del proyecto liberal y anticlerical que desde el Norte, encabezado por Venustiano Carranza, avanzaba con paso firme hacia el centro del país. En este contexto, la élite porfirista de Zapopan, en espera de conservar sus privilegios, hizo causa común con el PCN y ante el avance de las fuerzas revolucionarias del norte, zapopanos y tapatíos, recurrieron a la virgen de Zapopan en busca de la ayuda divina para el triunfo de su causa.

Desde la llegada de las tropas del general Manuel M. Diéguez en 1914, hasta el estallido de la rebelión cristera en 1926, la Virgen se convirtió en símbolo de la resistencia de los católicos en contra del proyecto social de la Revolución Mexicana. El 18 de enero de 1921, en la catedral de Guadalajara, fue coronada como Reina y Señora de Jalisco, ampliando la dimensión local de la identidad religiosa zapopana a todos los jaliscienses, como lo hicieran los federalistas en 1823.

La revolución alteró profundamente la tradicional sociedad local y desde 1914 ya nada volvió a ser igual. A la vieja élite porfirista se le sumó la élite surgida

5. A su regreso a Guadalajara en 1924, María Arcelia Díaz Rendón fundó el "Círculo Feminista de Occidente" considerado uno de los grupos pioneros de las luchas por los derechos de la mujer en nuestro país. Véase Mario Aldana Rendón, *Diccionario de la Revolución Mexicana en Jalisco*. Guadalajara: PRI-Jalisco Comisión de Financiamiento, 1997, p. 83.

6. El porqué los campesinos de Zapopan y en general los de todo el estado de Jalisco no se hayan levantado en armas de manera masiva durante la Revolución, sigue siendo un tema en debate: ¿Las comunidades indígenas habían conservado muchas de sus propiedades y por lo tanto no existía una profunda confrontación de clases como sucedía en Morelos con los zapatistas? ¿El reparto agrario realizado durante el siglo XIX había sido en gran parte exitoso? ¿Los peones y jornaleros sin tierra vivían mejor de lo que se ha supuesto hasta ahora? ¿La población campesina estaba sujeta al control ideológico y cultural de la Iglesia, tradicional aliado de los hacendados? ¿La tierra estaba mejor repartida y los pequeños propietarios impidieron la radicalización del conflicto agrario?

con la revolución, de donde emergerá una nueva clase política que controlará el poder municipal durante varias décadas. Las ideas agrarias empezaron a tener impacto entre las comunidades indígenas, siendo los comuneros de Zoquipan, en 1919, los primeros en iniciar procesos para la restitución de tierras; en tanto que otras comunidades solicitaron ampliaciones de ejidos o nuevas dotaciones, lo que provocó el surgimiento de organizaciones de defensa campesina que se movilizaron entre la lucha política y las agresiones armadas hasta 1940, año en que concluyó el reparto de tierras impulsado por el gobierno de Lázaro Cárdenas. Los viejos terratenientes, aunque menguados en sus propiedades, disponían de recursos económicos que ofrecieron a los ejidatarios locales como créditos de avío, logrando de esa manera conservar el control de la producción y la comercialización de los productos agrícolas.

Desde 1914, con la fundación de la Casa del Obrero Mundial en Guadalajara, los dueños de las fábricas textiles de Zapopan, comprometidos con el proyecto social-cristiano, se opusieron a la formación de sindicatos de orientación anarquista o "rojos" que se expandían en Guadalajara y en varias poblaciones mineras, alentando, en cambio, la incorporación de sus empleados en sindicatos católicos que renunciaban a la huelga como forma de lucha entre capitalistas y trabajadores. Los empleados debían asistir un día a la semana a conferencias pastorales con la clara intención de que las nuevas ideas sindicalistas no prosperaran en sus empresas.⁷ No sería sino hasta 1940, con la fundación de la Federación de Trabajadores de Jalisco, que Heliodoro Hernández Loza se encargaría del control político de los empleados y buscara para sus allegados posiciones en el gobierno municipal.

Si bien Zapopan no fue escenario de grandes combates ni movilizaciones sociales durante la guerra cristera 1926-1929; en su territorio, un grupo de mujeres pasó de la resistencia pasiva a la armada al constituir las "Brigadas Femeninas de Santa Juana de

7. Moisés González Navarro. *Agraristas y cristeros en Jalisco*. México: El Colegio de México, 2001, p. 235.

Arco”, fundadas el 21 de junio de 1927 en la Basílica zapopana. Desde la clandestinidad realizaron una importante labor en el aprovisionamiento de armas y pertrechos para las guerrillas. Durante el conflicto, la virgen de Zapopan fue el símbolo que identificó a los guerrilleros cristeros locales.

Por lo que toca a las ideas educativas, la expansión de las escuelas públicas en el municipio democratizó el acceso a la educación, pero esta apertura no estuvo exenta de conflictos y disputas políticas, sobre todo durante los años de 1933 a 1940 en que estuvo vigente la llamada “educación socialista”. Una vez concluido este conflicto, los beneficios sociales fueron evidentes y a partir de 1950 fue creciendo el número de estudiantes de las localidades como Atemajac, La Experiencia y El Batán que pudieron ingresar a la Universidad de Guadalajara y convertirse en profesionistas que fortalecieron los sectores de clase media en el municipio.

Hacia mediados del siglo xx la cabecera municipal conservaba su identidad como centro político y religioso y residencia de las familias de poder y de abolengo. En las localidades, desplegadas a lo largo del territorio como agrupamientos desarticulados de la administración municipal, los vecinos empezaron a organizarse para dar respuestas a sus demandas, lo que propició su militancia política.

Aisladas por la geografía y el desinterés de la élite local, las localidades conservaban sus identidades, sus tradiciones y sus fiestas patronales, y mantenían entre ellas vínculos solidarios como las peregrinaciones de visita recíproca acostumbradas por los vecinos de Atemajac y El Batán. Algunas de ellas llegaron incluso a fundar sus propios centros sociales y deportivos como el Club Social “El Batán” y “El Imperio” en La Experiencia. Mientras en Atemajac, La Experiencia y El Batán, se fueron desarrollando sociedades mixtas de obreros y agricultores –ejidatarios y medieros– más vinculadas a Guadalajara que a la cabecera municipal; en San Juan de Ocotán, Tesistán, Venta del Astillero.

Nextipac y otras, prevalecía la sociedad rural dedicada a la agricultura y la ganadería.

La proliferación de las escuelas públicas y las comunicaciones propiciaron que grupos de jóvenes de estas localidades llegaran a vestirse como “pachucos” y asistieran a los centros de baile de Guadalajara, estableciendo relaciones sociales en entornos más amplios que la cabecera municipal y la localidad, asumiendo los usos y modas en boga en Guadalajara. Sin embargo, a pesar del aislamiento de unas y la creciente urbanización de otras, las comunidades conservaron dos fechas en las que aún se reúnen en la cabecera municipal: la llegada de la virgen de Zapopan y la celebración de las fiestas Patrias.

Durante el gobierno de Agustín Yáñez en 1953, nació el llamado “sistema zapopano” para el cultivo del maíz, basado en la humedad ambiental y en el uso de semillas mejoradas, fertilizantes y maquinaria moderna, el cual alcanzó su apogeo en los años sesenta. Zapopan se convirtió en el municipio de mayor producción maicera, de donde le vino el título de Villa Maicera de Jalisco y con la realización de la Primera Gran Feria del Maíz, celebrada del 5 de mayo al 3 de junio de 1956, se fortaleció la identidad agrícola y rural del municipio, como antípoda a la creciente urbanización que experimentaba la vecina Guadalajara.

Aunque oficialmente Zapopan era identificado como un territorio agrícola de gran productividad y un lugar donde los ricos buscaban fincar una bonita casa de campo para los fines de semana, desde el gobierno de González Gallo (1947), se promulgaron diferentes leyes que pretendieron controlar y ordenar la creciente relación urbana que se gestaba entre la villa maicera y Guadalajara. Para 1965, cuando la mitad de la población de Jalisco ya estaba asentada en Guadalajara, el territorio zapopano fue considerado el espacio ideal para que la ciudad siguiera creciendo. Obras como el Mercado de Abastos, el Auditorio Benito Juárez y la Unidad Deportiva “Revolución” destinadas a satisfacer necesidades tapatías, fueron realizadas en territorio de

Zapopan: al igual que los fraccionamientos residenciales de Las Águilas, La Calma, Ciudad del Sol y Jacarandas en el poniente y las colonias populares de Santa Margarita, Constitución y Lomas de Atemajac en el norte, en donde encontraron residencia miles de familias que el municipio de Guadalajara ya no podía absorber. Vialidades como el Periférico, Lázaro Cárdenas y avenida Patria, contribuyeron a poner a la mano de las empresas constructoras grandes espacios para la expansión de nuevas colonias residenciales, las que se multiplicaron de manera descontrolada, sin que las autoridades de la Villa pudieran prever las consecuencias de este enlace con la urbe.

Zapopan también ha sido territorio propicio para la migración y a lo largo del siglo xx se pueden identificar al menos tres momentos en que grupos de familias de otros lugares decidieron radicarse en el municipio. La Revolución Mexicana propició la primera corriente migratoria a la Villa de numerosas familias de Tequila, Amatitán e Ixtlahuacán del Río, que buscaron un lugar donde pudieran garantizar la seguridad de los suyos.

La segunda ola migratoria se dio durante la Cristiada cuando las autoridades del gobierno federal obligaron el despoblamiento de numerosas rancherías de Los Altos, con el fin de impedir que sus habitantes prestaran ayuda a las guerrillas cristeras. Muchas de estas familias movilizadas se instalaron en Zapopan, en donde encontraron un ambiente rural y tradicional compatible con sus creencias y su modo de vida ligado a las actividades agrícolas.⁸

Finalmente, a partir de la década de los setenta, una nueva corriente migratoria mucho más importante que las anteriores, configuró la nueva cara urbana y metropolitana del municipio. En esta ocasión se combinaron dos fenómenos sociales de origen distinto: por un lado, la expansión de la ciudad de Guadalajara cuya población excedente encontró acomodo en los nuevos fraccionamientos y colonias residenciales fincadas en Zapopan; y por otro, una lenta pero

8. Castellanos, *op. cit.*, p. 8.

incesante migración campesina que empezó a invadir grandes extensiones de tierras ejidales en donde se instalaron numerosos asentamientos irregulares. La corriente que provenía de Guadalajara englobaba sobre todo a clases medias y altas que se radicaron en los nuevos fraccionamientos residenciales, en tanto que la corriente rural la integraban miles de familias de diferentes estados de la República, empobrecidas por la crisis agrícola, que se instalaron en la periferia de la zona metropolitana.

La ocupación de tierras ejidales se convirtió en un grave problema social, y desde 1973 en que se instaló la Comisión para la Regulación de la Tenencia de la Tierra (CORETT), se inició el proceso para regularizar los numerosos asentamientos espontáneos que habían surgido en la periferia de la zona metropolitana de Guadalajara, los más de ellos en territorio de Zapopan. El gobierno de Enrique Álvarez del Castillo (1983-1988) estimaba que cada año se urbanizaban 1 500 has. de suelo rústico y se demandaban viviendas para 45 mil nuevas familias asentadas en 5 mil has. irregulares de las 27 mil que cubrían entonces la mancha urbana. Sin embargo, en 1992 el gobierno del estado, encabezado por Guillermo Cosío Vidaurri, estimaba en 3 500 has. las tierras agrícolas que se urbanizaban anualmente, y en 100 mil los títulos y nuevas escrituras que el gobierno debía entregar para regularizar 24 000 km² que comprendían los asentamientos irregulares y las tierras agrícolas, la mayoría de ellas en el municipio de Zapopan, que dejaban de sembrarse para convertirse en suelos urbanos.

A partir de 1970 la población migrante llegó a representar más del 50% de la población total del municipio. Hacia 1990 el censo de población registró una gradual disminución del impacto migratorio que llegó hasta el 35% del total de la población. La población migrante no se identificaba con Zapopan, sino con Guadalajara. La cabecera de la villa no era una referencia de identidad de estos nuevos habitantes

que no sólo desconocían los límites municipales, sino que consideraban a Zapopan como una colonia más de Guadalajara. En sentido estricto, no es Zapopan el que se urbaniza, sino Guadalajara quien urbaniza a Zapopan. La ciudad se desbordó llegando con sus habitantes, sus ideas, sus visiones urbanas y con su identidad tapatía empezaron a “guadalajarizar” a Zapopan, esto es, considerarlo no otro municipio y otra identidad, sino un espacio propio, una reserva territorial en la que Guadalajara podía seguir creciendo.

Esta supremacía de Guadalajara también se advierte en las relaciones políticas que el gobernador del estado en turno establece con diferentes círculos del poder local, ya en función del contexto nacional o de las necesidades inmediatas de la capital del estado, cuya resolución demanda el apoyo de las autoridades locales vecinas en la medida en que Guadalajara empieza a crecer más allá de su territorio.

Un ejemplo de la importancia que llegó a representar el contexto nacional en la selección de las autoridades políticas de Zapopan se presentó durante el gobierno del general Marcelino García Barragán (1943-1947), quien decidió desplazar del poder a la élite política tradicional y apoyar como presidentes municipales a dos representantes obreros de “La Experiencia” quienes, desde luego, se comprometieron con el gobernador en favor de la candidatura presidencial del general Miguel Henríquez Guzmán, a quien García Barragán apoyaba en contra de Miguel Alemán, el candidato oficial.

Una vez que fracasó la intentona “henriquista”, el gobernador González Gallo restituyó el poder a la vieja clase política, hasta que en 1962, previa mediación del coronel José García Valseca, dueño de la cadena periodística que editaba *El Sol de México*, el gobernador Juan Gil Preciado apoyó la candidatura a presidente municipal al famoso ciclista Ángel Romero Llamas “El Zapopan”, nacido en Zacatecas y ajeno a la élite local. A partir de ese momento, y a pesar de los esfuerzos de los grupos locales por conservar el control

9. Cuando Ángel Romero Llamas ocupó por segunda ocasión la presidencia municipal de Zapopan (1974-1976), la resistencia inicial del gobernador Alberto Orozco Romero fue vencida por la intervención directa del presidente nacional del PRI, Jesús Reyes Heróles quien, cumpliendo órdenes del presidente Luis Echeverría Álvarez, intervino en favor de Romero Llamas.

político, sería el gobernador en turno y hasta el presidente de la República en última instancia,⁹ quienes decidirían sobre los cargos políticos más importantes del municipio. Esta dependencia política desapareció con la derrota priista en 1995, y las relaciones entre el gobierno del estado y el municipio, a partir de la alternancia, han tomado un nuevo cauce, no necesariamente favorable a la resolución conjunta de los problemas que agobian a la zona metropolitana.

El símbolo de identidad más profundo de los zapopanos: su Virgen, ha venido sufriendo también un proceso de apropiación de parte de los tapatíos. Desde 1823 cuando los federalistas jaliscienses la nombraron Generala de sus ejércitos, el proceso para convertirla en símbolo de la identidad jalisciense había comenzado. Un siglo después, durante la Revolución, tapatíos y zapopanos, con misas y peregrinaciones, invocaron su ayuda para que los revolucionarios norteros fueran derrotados. Más adelante, la Iglesia rechazó la Constitución de 1917 y organizó el primer boicot contra las autoridades revolucionarias. En este contexto de confrontación con el nuevo Estado, las autoridades eclesiásticas comprendieron la importancia de contar con un símbolo religioso que identificara a todos los jaliscienses y así, el 18 de enero de 1921, la Virgen de Zapopan fue coronada Reina y Señora de Jalisco en la Catedral de Guadalajara.

La virgen de Zapopan fue ligada cada vez más a Guadalajara y a su problemática. La utilización de la Virgen como intermediaria de la voluntad divina para salvar momentos de angustia o de crisis, ha sido recurrente en los temblores, epidemias y catástrofes como la del 22 de abril de 1992; pero la que ha quedado institucionalizada es la peregrinación al lago de Chapala concebida por el cardenal José Garibi Rivera el 19 de diciembre de 1955, en medio de una de las sequías más prolongadas que se hubieran presentado en la región, que amenazaba con desecar el lago y estaba provocando escasez de agua y de electricidad en Guadalajara. Desde ese día, todos los años la Virgen es llevada a Chapala para pedirle un copioso temporal que

permita la conservación del lago y los tapatíos puedan tener agua para su subsistencia.

La apropiación tapatía del símbolo de la Virgen se consumó de manera definitiva el 30 de enero de 1979 con la llegada del papa Juan Pablo II, quien desde su Santuario le dio renombre mundial al culto zapopano, haciendo posible su consolidación como uno de los símbolos más importantes de la identidad jalisciense. El Papa, sin embargo, solamente confirmó lo que ya estaba sucediendo en la realidad desde mucho antes entre los creyentes tapatíos que consideran suya a la Virgen y un mero accidente que su morada se encontrara en Zapopan.

Los cientos de escuelas de danzantes ubicadas en Guadalajara que durante meses preparan a miles de creyentes que acompañan a la virgen con sus bailes, así como el trabajo colectivo que realizan familias enteras en numerosos barrios para recibir año tras año a la virgen durante su peregrinar por tierras tapatías, pero sobre todo, la gran concentración de fieles que desde la Catedral, el 12 de octubre, acompañan a la virgen hasta su morada en Zapopan, son expresiones de esa apropiación de un símbolo religioso que dejó de pertenecer sólo a una localidad y se convirtió en propiedad de la ciudad de Guadalajara. Los tapatíos le rezan a su virgen, le piden su ayuda e intervención, la festejan en sus templos barriales todos los años y la acompañan de nuevo a Zapopan, adonde ya no pertenece y en donde sólo descansa un tiempo mientras regresa con los suyos a Guadalajara.

Tradición o modernidad, ruralidad o urbanismo son antípodas que representan el extremo de las contradicciones que ha venido experimentando el desarrollo municipal de Zapopan, sobre todo en los últimos 30 años. Durante la década de 1970-1980, gobernaron autoridades locales surgidas del sector campesino del PRI, que buscaron reivindicar la identidad rural del municipio, a contrasentido del intenso desarrollo urbano que experimentaba. Los campesinos recibieron créditos y subsidios para sembrar sus tierras, se reforzó la infraestructura productiva agrícola con la construcción de silos, bodegas, bordos, caminos rurales y servicios de asistencia técnica; las localidades y

los ejidos recibieron servicios públicos (agua y electricidad), se pavimentaron calles, se construyeron escuelas, edificios administrativos y de servicio comunitario, se mejoraron los servicios de transporte público y se instalaron clínicas de salud, entre otras obras que además de responder a las necesidades sociales, buscaban reforzar la presencia de la población rural en las decisiones políticas del municipio.

Estas contradicciones se hacen más evidentes en los años noventa, cuando el 8 de diciembre de 1991, al conmemorarse los 450 años de la fundación española de Zapopan, al mismo tiempo que el Congreso del Estado le otorgaba el rango de ciudad dejando atrás el de simple villa, las autoridades locales relanzaban la Feria del Maíz con la intención de reforzar la imagen rural y agrícola del municipio.

Pero no fueron las fuerzas locales las que definieron la nueva identidad y el destino de Zapopan, sino los capitalistas tapatíos que utilizaron su territorio como una extensión para el comercio y las empresas urbanizadoras. Al éxito de Plaza del Sol en 1969 como nuevo concepto del comercio y del consumo de mercancías, se sumaron La Gran Plaza y Plaza Galerías, entre los más importantes centros comerciales instalados en Zapopan. De la misma manera, la demanda habitacional tanto popular como de tipo exclusivo y residencial, encontró en Zapopan el espacio para ubicar a los excedentes de población que ya no podían acomodarse en Guadalajara. En ambos casos, es Guadalajara la que lleva a las tierras del vecino sus negocios y su población: Zapopan es “guadalajarizado” de manera abrumadora.

En los primeros años del siglo xxi, el territorio de Zapopan alberga una serie de paisajes que expresan la multiplicidad de actores sociales e identidades locales asentadas en su territorio: desde los profundos contrastes de riqueza y miseria de la urbe hermanada a –e invadida por– Guadalajara, al Zapopan rural y agrícola que apenas representa el 9% de la población económicamente activa del municipio. El Zapopan moderno, dinámico, sede de centros comerciales, industrias y universidades y el Zapopan de localidades sitiadas, rebasadas por la metrópoli,

que subsisten como islotes del pasado en medio del turbulento mar metropolitano. Algunos casos representativos son Santa María del Pueblito, San Juan de Ocotán, Atemajac y La Experiencia, entre muchos otros.

Las localidades que apenas 50 años atrás contaban con grandes espacios dedicados a la agricultura, hoy han quedado encapsuladas a manera de barrios de la metrópoli, obligadas a luchar en desventaja por la preservación de sus relaciones sociales tradicionales. La presión urbana y las expresiones culturales que la modernidad ha impuesto en la zona metropolitana, pueden llevar —como ya lo ha hecho con el centro histórico de Tlaquepaque— a convertir la cabecera municipal de Zapopan y sus localidades en lugares en donde los tapatíos, los fines de semana, puedan atisbar imágenes del pasado, admirar viejas casonas y ser testigos curiosos de las tradiciones que perduren, asumiendo para Guadalajara el papel que juegan San Jerónimo y Coyoacán en la ciudad de México.

Corresponde a la antropología y a las ciencias sociales y de la cultura investigar lo que en este momento está ocurriendo en el tejido social metropolitano respecto a las relaciones de convivencia, solidaridad e identidad común que se están construyendo y seguirán construyéndose, tanto en el amplio marco de la idea metropolitana como en el espacio cotidiano de los barrios y localidades. La manera en que sus habitantes se refieren a sí mismos, los lazos que fortalecen o anulan las relaciones vecinales, los valores comunes y la participación organizada para resolver los problemas del espacio inmediato, están en proceso de redefinirse, adecuándose a la complejidad social en que se ha convertido la zona metropolitana.

Sin embargo, por encima de esta dimensión de relaciones humanas, una élite representante de los grupos de poder económico y político, seguirá recibiendo privilegios especiales de parte de las autoridades y los intereses, valores y principios que modelan sus relaciones sociales, querrán ser impuestos como modelos para el resto de la sociedad, en tanto valores de las clases dominantes, como ha venido sucediendo a lo largo de nuestra historia.